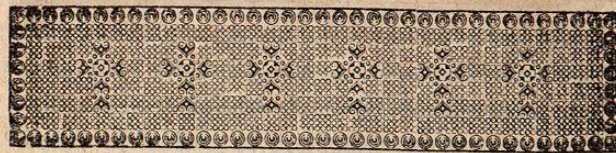


gos sencillos, siente sus cabellos erizársele sobre la frente y emblanquecérsele de espanto. Los beyes tiemblan y se turban, y beben á grandes tragos la copa de la amargura, y sus almas consternadas se abandonan á la desesperacion al ver esta jornada tan funesta. ¡Jornada memorable! ¡Libranos, ó Dios, de un combate tan terrible! Se dispersa espantada en los desiertos, una innumerable multitud derrotada que los beyes armaron para su defensa. La muerte los persigue, la muerte vuela sobre sus cabezas, como si irritado el cielo con sus crímenes, hubiera lanzado sobre ellos las llamas vengadoras de su cólera."



CAPÍTULO VIII.

SIGUEN LAS ANTIGUEDADES EGIPCIAS

LABIRINTO.—LAGO MERIS.

LOS Egipcios, dice Herodoto, despues de la muerte del sacerdote de Vulcano se hallaban libres é independientes; mas como en ningun tiempo han podido vivir sin rey, establecieron doce, entre quienes se dividió el Egipto. Reunidos estos reyes por lazos de familia, convinieron entre sí que ninguno intentaria oprimir á sus vecinos, ni estender sus dominios á espensas de otro, y así confederados reinaron todos á un tiempo. Observáronse religiosamente estos tratados, porque al principio de estos reinados habia predicho un oráculo:

„que aquel de los doce, que en el templo de Vulcano hiciera sus libaciones con una patena de bronce, reinaria sobre todo el Egipto:” debe observarse que tenían estos reyes sus asambleas en cualquiera templo.

Estos reyes quisieron dejar todos juntos un recuerdo de sus reinados, y por sus órdenes fué construido el labirinto que está situado un poco arriba del lago Meris, frente de la ciudad de los cocodrilos. Yo he visto este monumento que me parece superior á su fama, y aun creo que reunidos todos los edificios construidos, todas las obras de los griegos, aun se quedarian inferiores á esta construccion, tanto por el trabajo, como por los gastos, por mas que el templo de Éfeso, y el de Samos sean justamente celebrados. Las mismas pirámides eran entónces ciertamente monumentos que excedian á su nombre, porque cualquiera de ellas podia compararse á lo que los griegos han hecho mas grande, y con todo eso, el labirinto es superior á ellas. En lo interior de aquel monumento, se ven doce palacios cubiertos de un solo techo, y cuyas puertas están enfrente unas de las otras. Seis de estos palacios están al Norte y seis al Sur, están contiguos y situados dentro de un recinto formado por un muro exterior. Las salas ó piezas del labirinto son todas dobles, unas abovedadas y subterráneas, y las otras están encima de las primeras: son por todo tres mil, mil y quinientas en cada piso. Yo visité las de arriba, y así solo hablo de lo que vi: en cuanto á las subterráneas solo sé lo que me han dicho, porque los conserges no

han querido por nada de esta vida enseñármelas; ellas encierran, segun dicen, las tumbas de los reyes, que antiguamente hicieron construir el labirinto, y las de los cocodrilos sagrados, y por lo mismo no puedo hablar de estas cámaras sino por lo que me han contado. Por lo que mira á las del piso superior, no he visto cosa mas grande entre las obras salidas de las manos de los hombres: la infinita variedad de pasadizos y de galerías comunicadas las unas con las otras, que se atraviesan para llegar á los otros palacios, causan mil sorpresas á los que recorren estos lugares, pasando tan pronto de uno de los patios á las salas que los rodean, tan pronto de estas salas á los pórticos, ó de los pórticos á otros patios: los techos son todos de mármol, así como las paredes, las que están llenas de multitud de figuras esculpidas en hueco. Cada palacio está adornado de un peristilo casi siempre de mármol blanco. En el ángulo donde termina el labirinto, hay una pirámide de ochenta varas de alto adornada con grandes figuras esculpidas en hueco: se comunica con esta pirámide por un camino subterráneo.

He aquí lo que dice Herodoto y la impresion que le causó el labirinto. Strabon es igualmente pródigo en elogiarlo, y dice que es un palacio compuesto de otros palacios, cuyas palabras indican sobradamente lo que Herodoto llama *aula*. Habia, dice Strabon, tantos palacios como provincias, y era una obra digna de admiracion, puesto que cada pieza estaba techada con una sola piedra, y los pasadisos lo estaban igual-

mente con piedras que alcanzaban de una á otra pared; así que cuando se subia á lo alto del edificio se veía solo un gran llano de piedra, estimándose la estension de costado de todo el edificio en seiscientos cincuenta piés: y para completar los datos relativos á los usos del labirinto, añade Strabon que habia sabido que el número de palacios era igual al de las doce provincias, porque era costumbre que se reuniesen en él los diputados de ellas, enviando ademas cada una sus sacerdotes y sacerdotisas para hacer los sacrificios y juzgar de los negocios importantes.

Por maravilloso que sea el labirinto, aun me parece mas admirable el lago Meris, cerca del cual está edificado aquel. El lago tiene de circuito tres mil seiscientos estadios, y por tanto es igual á toda la longitud de Egipto siguiendo la ribera del mar: su figura es oblonga de Norte á Sur, y su mayor profundidad es de cien varas. Al ver en medio de este lago dos pirámides cubiertas de agua hasta la altura de cien varas, y levantando otro tanto encima de ellas, no queda duda alguna que fué fabricado por la mano de los hombres. En la punta de cada pirámide hay un coloso de piedra que representa una figura sentada en un trono: estas pirámides, como se ve, tienen una altura total de doscientas varas. El agua que llena el lago no brota allí, y al revés, el pais es sumamente seco, sino que viene del Nilo por canales subterráneos, y esta agua corre seis meses del Nilo al lago, y seis del lago al rio. Durante este último periodo, la venta del

pescado hace entrar en el tesoro real un talento de plata cada dia: mas cuando la agua pasa al lago, la pesca solo produce al dia veinte minas (cien pesos).

Heliópolis.--Una de las mas interesantes escursiones que hice, dice Geramb, tuvo por objeto visitar á la antigua Heliópolis de Egipto, célebre por su templo del sol, y aun mas, por la mansion que hizo allí la santa familia, cuando se vieron obligados José y María á dejar la Judea, para sustraer al niño Jesus de los sangrientos decretos del cruel Herodes. Despues de haber visto tantos monumentos profanos, que por dignos que fuesen de admiracion por lo que mira á las artes, me habian entristecido, recordándome ménos las obras del genio, que las supersticiones absurdas y vergonzosas, me era muy agradable dirigir mis pasos á los lugares santificados con la presencia de mi Salvador, y de ver nuevos recuerdos, y nuevos monumentos de mi fé.

Acercándome á Heliópolis, el primer objeto que vimos fué un obelisco de granito rojo de una pieza, semejante por la forma y altura á las *Agujas de Cleopatra*. En uno de sus lados vimos una cruz esculpida que ha dado lugar á varias interpretaciones de los sabios, y de que yo no he tenido ideas exactas. Hoy Heliópolis es una mala aldea, donde solo se ven paredones y ruinas. Aquí se immortalizó el general Kleber con la famosa batalla en que derrotó al ejército del gran visir, diez veces mas numeroso que el suyo, y aseguró por algun tiempo á la Francia la conquista del Egipto.

La antigua ciudad en cuyo sitio está hoy la aldea,

tenia segun los historiadores ciento cuarenta estadios de circuito, y su origen se pierde en las tinieblas de la mas remota antigüedad. Los hebreos le llamaban *On*, y los griegos *Heliópolis*, ciudad del sol, nombre que se lee en los libros santos. De allí era Aseth, hija de Putifar, sacerdote de Heliópolis, y á la que destinó Faraon para esposa de José. Los judíos refugiados en Egipto cuando la persecucion de Antioco Epiphanes, habitaron allí gran número de ellos en el reinado de Ptolomeo Philometor, y obtuvieron de este príncipe el permiso de levantar cerca de allí un templo al verdadero Dios, donde conservaron el culto hasta el tiempo de Vespasiano, quien mandó á los gobernadores romanos destruirlo.

No queda del famoso templo del Sol mas que ruinas apénas conocidas, y no pueden dar idea de su magnificencia. Se sabe por Diodoro Sículo que Sesóstris mandó levantar delante de este monumento dos obeliscos de ciento y veinte codos de altura, y ocho de ancho en su base, los mismos que el emperador Augusto hizo trasladar á Roma, despues que conquistó y redujo el Egipto á provincia romana. Las *Agujas de Cleopatra*, segun Champollion, se hallaban tambien en otro tiempo á la entrada de este mismo templo de Heliópolis, de donde fueron trasportadas á Alejandría. Atribuye este ilustre sabio la ereccion de estas agujas á Meris, que segun eso, seria el mismo Mespheo de quien habla Plinio, y añade que sus inscripciones son de Meris, de Sesóstris y de su sucesor. Para contradecir las

aserciones, por otra parte tan graves y tan precisas de Champollion, se fundan algunos hombres instruidos, no solo en el silencio de la historia, sino tambien, especialmente, en el de Diodoro Sículo; y no pudiendo creer que este historiador, que segun ellos, visitó el Egipto, despues de hablar de los obeliscos de Sesóstris en Heliópolis no hubiera dicho una palabra de los de Meris que existieron en el mismo lugar, colocan la nueva opinion en el número de las conjeturas mas ó ménos oscuras ó probables de la ciencia. (*)

Se vé en Heliópolis un antiguo sicómoro que casi todos los viajeros visitan, y es muy grato, especialmente á los cristianos, porque segun la tradicion descansó bajo su sombra la santa familia en su fuga. Este sicómoro respetado en lo general en el Oriente, se halla en medio de un gran jardin, ó mas bien, en un bosque de naranjos. Parece que en su tronco enorme ingertaron algunas ramas que hoy son considerables, y ofrece uno de los fenómenos mas extraordinarios de la vegetacion. Yo y M. Champion medimos su grosor, y tiene mas de seis brazadas de circunferencia. Muchas gentes han grabado sus nombres en la corteza de este árbol magestuoso, cuyo aspecto causa impresiones tanto mas vivas cuanto que recuerda á la piedad cristiana las memorias mas á propósito para conmovérle, á saber, la persecucion de un tirano contra un niño, las angus-

(*) Champollion atribuye la construccion de los obeliscos de Alejandría á Meris, que es el faraon que se ahogó en el mar rojo; pero el obelisco actual de Heliópolis segun el mismo viajero, es obra de Osortasen I, monarca contemporáneo de José, y por lo mismo muy anterior á Meris.

tías maternas de María, y la solicitud y cuidados de José. Nos quedamos un instante considerándolo, y admiramos, cómo desde la persecucion que nos recordaba el sicómoro, hasta las de estos tiempos, ha triunfado milagrosamente la debilidad sobre la fuerza; cómo la inocencia se ha escapado de las redes y furoros del crimen del poderoso; cómo en fin, acaban todos los perseguidores, comenzando por Herodes, á quien sus infames aduladores llamaron *El Grande*, y la justicia del cielo condenó á podrirse vivo, y cuyos gusanos no aguardaron á que muriera para devorar su grandeza.

Al tiempo de retirarme de allí recogí algunos ramitos del árbol hospitalario y me los llevé como una reliquia preciosa. A cincuenta pasos de allí, vimos la fuente de la Virgen, que segun la tradicion fué debida á un milagro: dicen que Dios la hizo brotar de la tierra para apagar la sed del niño Dios, de María y de José en un país abrasado con los ardores del sol, donde el calor y la sed son los tormentos mas duros para el viajero. Es dulce y agradable el agua de esta fuente, la de las otras es salobre y de mal gusto. Yo se bien que si contara este prodigio á un filósofo, se reiria; pero ¿de qué no se rie un filósofo? Por lo que á mi toca, sin pretender que este hecho merezca la misma fé que los libros revelados, veo una relacion sensible entre este suceso, y los que le han precedido. Era natural que Dios hiciera por su Hijo, por María y por José lo que no se desdeñó hacer por medio de Moises en el monte Horeb á favor de un pueblo mumurador é ingrato. Se-

gun la misma tradicion, la santa familia, retirándose del sicómoro, se dirigió por el rumbo de Memphis, y se detuvo en el lugar en que hoy está el viejo Cairo, donde permaneció hasta la muerte de Herodes. El retiro en que se ocultó, existe en el monasterio de S. Sergio, que yo he visitado. Es vastísimo el recinto del monasterio, y sus muros por su elevacion y espesor parecen de una fortaleza. En lo interior, la iglesia es pequeña, pobre, y sin otro adorno mas que algunas lámparas de vidrio ó de madera suspendidas de la bóveda por una cuerda. A cada lado del altar mayor hay una escalera de doce escalones, por la que se baja á una capilla ó gruta subterránea de unos veinte piés de largo, y doce de ancho, y se asegura que allí habitaron Jesus, María y José. Encima del altar de esta capilla está un cuadro muy antiguo que representa á la Virgen sobre la ribera izquierda del Nilo. Este cuadro cierra la entrada de otra gruta mas pequeña, que los religiosos llaman el *Horno* porque tiene esta figura, y era una parte de este asilo modesto.

